

"Este es el espejo de la virtud y el vicio/ Miraos en él y formulad un juicio".

Estos versos estaban escritos sobre el telón del primer teatro que hubo en Santiago, construido por orden de Bernardo O'Higgins. Nos dice la pretensión que siempre ha tenido el arte dramático de reflejar tanto los méritos como las perversiones de la comunidad a la que se dirige.

El problema se presenta cuando ese espejo, como el de la madrastra de Blancanieves, devuelve una imagen que es rechazada por quien la mira por mostrar una verdad que desnuda sus imperfecciones y pecados.

Es lo que sucedió cuando se estrenó en Estados Unidos la obra de Arthur Miller "The crucible", que ha sido traducida como "Las brujas de Salem".

Aparentemente, Miller contaba en esa obra teatral la cacería de brujas que se realizó en el año 1692 en Salem, pequeña localidad de Massachusetts, donde se desarrolló una histeria colectiva en que unos a otros se acusaban de ser brujos, promovándose la delación, las venganzas personales que llevaban a la tortura y a

la muerte a gentes inocentes.

No obstante sus extraordinarios méritos dramáticos, la obra fracasó en Broadway, porque no pasó inadvertido para el público norteamericano de los años 50 que Miller no se estaba refiriendo a lo que había sucedido en Salem hacia tres siglos, sino al proceso que estaba viviendo la sociedad norteamericana en esos momentos en que el senador McCarthy había desatado una virulenta campaña contra todos los que le parecían sospechosos de haber tenido conexiones con el comunismo.

La comparación era tan impactante y verdadera que el público norteamericano, mayoritariamente, prefirió no verse retratado en ese espejo.

No sucedió lo mismo en otros países -el nuestro entre otros-, en que "Las brujas de Salem" fue un resonante éxito. En Francia se hizo una película basada

El espejo rechazado

9-4-97



en la obra que interpretó Yves Montand.

Han transcurrido más de treinta años desde el estreno de "The crucible" y sólo ahora en EE.UU. se ha hecho una película cuyo guión fue escrito por el propio Arthur Miller y que ha sido recibida con entusiasmo por la crítica y el público. Y es que ahora se puede mirar el fenómeno del macartismo como un episodio negro de la historia de EE.UU. que concita el repudio de todos. Lo que muestra el espejo es algo que

sucedido hace tiempo, que no involucra al público de hoy y se lo puede ver sin que duela.

Lo sucedido con esta obra de Arthur Miller nos puede revelar por qué algunas obras nacionales, sea en el teatro o en la literatura, no obstante sus méritos intrínsecos, no han tenido una acogida favorable entre nosotros. "La muerte y la doncella", la obra de Dorfman que se constituyó en un éxito teatral en cuanto

escenario del mundo se representó, aquí fue un fracaso. La novela "La casa vacía", de Carlos Cerda, tampoco ha tenido la acogida que era dable esperar y muy pronto desapareció de las listas de libros más vendidos en el país. Y así hay muchos otros ejemplos.

Tal vez sea muy temprano para recordar lo vivido en un período oscuro de nuestra historia, quizás esas obras con esos temas golpeen nuestras conciencias por lo que hicimos o no hicimos en ese tiempo; lo cierto parece ser que nosotros, al igual que los norteamericanos de los tiempos de McCarthy, no queremos vernos en ese espejo.

Sin embargo, el éxito que ahora obtiene "The crucible" en los cines norteamericanos nos hace presentir que llegará el día en que, con menos dolor y más objetividad, podremos reflexionar sobre una realidad de nuestra historia que develó aspectos ingratos de nuestra imagen nacional.

Será entonces, quizás, cuando se produzca el reestreno exitoso que le debemos a Ariel Dorfman de su obra "La muerte y la doncella" y algún cineasta haga un filme basado en "La casa vacía" de Carlos Cerda.

Lo sucedido con la obra de Miller nos puede revelar por qué algunas obras nacionales, no obstante sus méritos, no han tenido una acogida favorable entre nosotros.

Vuelven reservistas franceses

Por la última combinación transandina, que arribó a Santiago a las 5.30 de la mañana de ayer, regresaron a Chile numerosos reservistas franceses que partieron a la guerra en los primeros días de agosto de 1914.

A pesar de lo intempestivo de la hora, numerosas

ASI LO CONTO LA NACION

9 de abril de 1919

familias de la colonia francesa acudieron a la Estación Mapocho a recibir a sus deudos.

Parte de la nómina comprende a los señores Souper, Copetta, Clavel, Leroud Fiol, Manaud, Francisco Toulet, Juan Partarriu, E. Dumont, E. Pierret, Juan Wannault,

Agustín Caprón, Malafosso y Rivet. Venía también el ciudadano chileno señor Julio Pino, que prestó sus servicios como voluntario en el Ejército francés.

En las últimas horas de la tarde pudimos conversar breves momentos con uno de los reservistas que acaban de regresar, el señor Juan

Wannault.

Avecindado en Chile desde hacía 15 años, el señor Wannault partió a Francia pocos días después de haberse declarado la guerra, formando parte del segundo contingente de reservistas que partió de Chile.

Apenas llegado a Francia, se incorporó como soldado en

el regimiento territorial número 48, pasando después a servir sucesivamente en los regimientos de infantería números 248, 135 y 111.

Por su actuación en las operaciones bélicas, en muchas de las cuales fue víctima de los gases asfixiantes empleados por los alemanes, el señor Wannault fue ascendido gradualmente hasta llegar a sargento primero.